

La sombra del sombrero

La primera vez que lo vi fue una tarde de comienzos de noviembre. El sol se ocultaba entre las viejas casas de mi bonito pueblo y él caminaba con paso firme y elegante. Vestía de negro y llevaba un sombrero de copa, tan añejo como el mismo escenario que lo rodeaba. Era alto y su atuendo no muy acorde a nuestra época, y, aun así, me atrajo de una manera que solo pude entender cuando descubrí la verdad.

La sombra de su silueta, junto con la de aquel sombrero, se proyectaba alargada y tenue al caminar, debido al sol bajo del atardecer. Me fijé en ella en cuanto pasé por su lado y sentí un escalofrío gélido que me recorrió de arriba abajo, como si la temperatura del aire hubiera cambiado de repente.

Me quedé quieta, incapaz de apartar la mirada de aquella sombra que comenzaba a alejarse, hasta que una anciana, que caminaba por la acera, me empujó sin querer, irrumpiendo entre el torbellino de pensamientos y sensaciones que me embargaban en aquel momento.

Esa noche no pude dormir. En mi cabeza, ese hombre, cuyo rostro no alcancé a ver, y su sombra, no hacían más que aparecerse al cerrar los ojos.

Pasado un tiempo y ya en plena Navidad, caminaba por la plaza contemplando la decoración navideña y la alegría que reflejaban los rostros de las gentes por aquella festividad cuando volví a verlo. Llevaba el mismo atuendo que la primera vez. La sombra en esta ocasión era corta y apuntaba al norte. Me sorprendió observar el extraño movimiento que pareció hacer, pues juraría que la vi desprenderse de la cabeza de su portador para volver a colocarse sobre ella poco después, al igual que el gesto que alguien haría al quitarse el sombrero y saludar a otra persona.

Una voz, grave, profunda y cautivadora, me devolvió a la realidad:

—Hola, muchacha. Me gustaría invitarte a mi espectáculo —dijo un hombre, con tono amigable y educado.

Alcé la vista y me encontré frente al portador del sombrero, quien me miraba con sus rasgados ojos verdes y una sonrisa encantadora.